

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MAYOR GENERAL GERARDO AYERBE CHAUX, COMANDANTE DEL EJERCITO, EN EL BANQUETE OFRECIDO AL SEÑOR GENERAL JAIME FAJARDO PINZON, CON MOTIVO DEL ASCENSO EN SU CARRERA MILITAR.

UNA AUTENTICA VOCACION DE SOLDADO



Mayor General GERARDO AYERBE CHAUX

I. - Aquí estamos reunidos, en torno a esta mesa de compañeros, honrada por el señor Presidente, Jefe máximo de las Fuerzas Armadas, por Ex-Presidentes de la República, por altas autoridades de los órganos del poder público y por dignos representantes de las Fuerzas Armadas de países amigos de Colombia, para expresar la honda complacencia que sentimos los miembros de las Fuerzas Militares por el ascenso del General Jaime Fajardo Pinzón, después de una carrera meritisima, coronada a base de probada capacidad, exaltado espíritu militar, conducta irreprochable y servicios distinguidos a la Patria.

El hecho de haber conocido al General Jaime Fajardo desde los viejos claustros de la Escuela Militar y de haber formado con él en las nutridas filas de nuestra gloriosa Infantería, hace que yo tenga como singular privilegio el llevar la palabra en esta no-

che de gala; más no creo que el afecto que todo ello supone unido a una antigua amistad, me impida presentaros a este pundonoroso Oficial, como un auténtico representante de valores militares cuya vida limpia y entregada por completo al servicio de la República en una de sus más nobles actividades, es claro ejemplo para las nuevas promociones de Oficiales y constituye legítimo orgullo para las Fuerzas Armadas.

2. - Cuando el General Fajardo Pinzón ingresó a la Escuela Militar en 1933, actuaba en nuestro medio la misión alemana. Ya se había operado el paso del orden lineal al orden abierto. La aparición de las armas automáticas y de los morteros, el empleo masivo de la Artillería y de la aviación de combate habían transformado la táctica y la técnica militares. Los alemanes nos enseñaron a combinar el fuego y el movimiento, las técnicas de la fortificación y todos los adelantos de la profesión militar, a raíz de la primera guerra mundial. El espíritu de la Escuela era el mismo de la reforma: profesionalismo, apoliticidad, estricta disciplina, honor, lealtad a las instituciones legítimas, hidalgüía, caballerosidad y orgullo de las tradiciones patrias. El Cadete recibía, como hoy recibe, una sólida formación del carácter. Se exigía rapidez, precisión, energía y exactitud en todos los ejercicios y se formaban hábitos de orden, pulcritud, aseo y puntualidad. El compañerismo y el sentido de responsabilidad se estimulaban en alto grado. La resistencia, la agilidad y la destreza físicas se desarrollaban al máximo para que el futuro oficial pudiera "mostrar la forma" de cada ejercicio ante los subalternos. A no ser por la enseñanza de las matemáticas y otras materias de bachillerato y de cultura militar, la Escuela hubiera podido confundirse con un cuerpo de tropas

de alta eficiencia técnica y recia disciplina. Muchas veces nos preguntábamos los Cadetes para qué tantas marchas y contramarchas, tantos detalles aparentemente mínimos en el servicio diario, tantos ritos en las relaciones de mando, tal rigidez y exactitud en los diferentes ejercicios de la vida diaria de la Escuela. Con el correr del tiempo hemos venido a encontrar que todo esto tenía su razón de ser. Querían nuestros instructores que esos hábitos y esas virtudes militares fueran como una segunda naturaleza del oficial, que perdurarán hasta el último grado de la carrera militar y que sirvieran de reflejo bienhechor en momentos de confusión y de peligro.

3. - La Infantería fue el molde y el crisol escogidos por el Subteniente Fajardo Pinzón para templar su alma militar y para servir a la Patria. Los Batallones "Sucre", "Boyacá", "Cartagena" y "Nariño", la Base Escuela "Ernesto Samper", el Mixto N° 3, la Escuela Militar, la Escuela de Infantería y el Batallón "Guardia Presidencial", fueron testigos de la febril actividad, energía, lealtad, patriotismo y abnegación de este egregio Oficial en sus primeros años de servicio. Más tarde, como Oficial de los Cuarteles Generales de Brigada o como Comandante de Unidades Tácticas, recorrió buena parte del país envuelto en olas de violencia, desde los páramos helados hasta los ardientes valles de nuestros grandes ríos, buscando la paz y la concordia entre los colombianos y persiguiendo a los criminales y malhechores que quedaron como fatídica secuela de una época trágica y dolorosa para la Patria.

Sus valiosas experiencias de los años anteriores fueron ampliamente aprovechadas cuando llegó a la Comandancia del Departamento del Tolima, en donde tuvo que afrontar una de las pruebas más difíciles y duras de su

carrera militar. En aquel entonces, era el Tolima una de las regiones más afectadas por el flagelo de la violencia. El Coronel Fajardo Pinzón tuvo que trabajar incansablemente, sufrir con paciencia largas horas de angustia y penosas fatigas con riesgo de su salud y de su vida para salir adelante en la delicada misión que se le había confiado. Su acertada gestión en el Tolima lo colocó al frente de la Brigada de Institutos Militares y lo hizo acreedor a la distinción de Brigadier General. Fue después de muchas vicisitudes y no pocos trabajos, demostrando sus capacidades profesionales en todos los escalones del mando desde el Pelotón de Infantería hasta la Unidad Operativa menor, como el General Fajardo Pinzón llegó hasta el Comando del Ejército.

4. - La segunda guerra mundial, con la aparición de nuevas armas, transformó completamente el arte militar. Gracias a la Misión Militar Norteamericana, nuestras Escuelas de Formación y Perfeccionamiento recibieron oportunamente las nuevas doctrinas en el campo de la táctica y de la estrategia. El señor General Fajardo, discípulo aventajado del Coronel Walsh en nuestra Escuela Superior de Guerra, es uno de los primeros Oficiales que han alcanzado las más altas posiciones del escalafón militar con apreciable caudal de conocimientos actualizados sobre el armamento, la táctica y la técnica modernas. Esta circunstancia sumada a otras cualidades personales, le da al General Fajardo seguridad en el mando y amplia notablemente su radio de acción dentro de las Fuerzas Militares.

No es raro, pues, que nuestro ilustre homenajeado haya desempeñado con lujo de competencia importantes comisiones en el exterior. Personalmente fui testigo del gran aprecio que se le tiene en la Junta Interamericana

de Defensa, donde puso muy en alto el nombre de Colombia y donde contribuyó con sus luces a la creación y organización del Colegio Interamericano de Defensa.

Su labor en el Comando del Ejército durante dos años y medio fue altamente benéfica para la Institución y para el país. Su nombre unido a los de los Generales Alberto Ruiz Novoa, como Ministro de Guerra y de Gabriel Rcebeiz Pizarro, como Comandante General de las Fuerzas Militares, lo recogerá la historia. Porque estos tres eminentes Oficiales supieron secundar e impulsar en forma admirable la campaña pacificadora, continuada con tanto valor y patriotismo por el doctor Guillermo León Valencia desde la Presidencia de la República.

A grandes rasgos hemos seguido la hoja de servicios de este meritorio Oficial, en quien concurren con igual brillo la distinción del caballero y la gallardía del militar. El no ingresó por equivocación a la Escuela Militar ni en busca de gajes y riquezas, sino por profunda convicción y por auténtica vocación de soldado; con espíritu de sacrificio, en entrega total a la patria sin aspirar a más premio que la satisfacción del deber cumplido y por el orgullo de servir a Colombia.

Aquí está demostrando a los nuevos Oficiales que se pueden alcanzar las más altas posiciones militares a base de tesonero esfuerzo, sin rótulos políticos, con honrada ambición, amor a la responsabilidad y hombría de bien. El, es el mismo que conocimos hace más de treinta años: sencillo, austero, sobrio, alegre, optimista y dispuesto siempre a servir y ayudar a sus semejantes. Es feliz en contacto con los soldados, marineros y agentes que hoy están ocupando puestos en lejanas regiones de la Patria o en lugares de peligro. Su descanso predilecto es la equitación; busca la responsabilidad

del Comando por innata inclinación; siente verdadero afecto por todos sus compañeros y guarda los más gratos recuerdos de su vida militar. Parecen escritas para él estas palabras de Alfredo de Vigni: "..... Nada hay tan puro en nuestro tiempo como el alma de un soldado así, tan escrupuloso de su honor que lo cree mancillado con la más leve falta de disciplina o de negligencia; sin ambición, sin vanidad, sin lujo, siempre orgulloso y contento de su servidumbre, sin que haya en su vida nada tan preciado para él como un recuerdo de agradecimiento....".

A doña Cecilia Atuesta, digna esposa del General Fajardo quien lo ha acompañado en horas de prueba y alegría, inspiradora constante de excelentes iniciativas en provecho de los menos favorecidos dentro de la Institución y quien con elevado espíritu cristiano se ha vinculado a importantes obras de acción social militar, queremos hacer llegar en esta noche las más

efusivas felicitaciones, a la par que le rendimos el tributo emocionado de nuestra admiración y de nuestro reconocimiento.

Señor General Fajardo:

Por vuestras virtudes militares, por vuestros eminentes servicios al país a través de 31 años de vida militar, por vuestra lealtad a las Instituciones Patrias y por vuestras excelentes cualidades humanas, el Gobierno Nacional, a nombre del pueblo colombiano, os ha conferido el alto grado de General de la República. En tan solemne ocasión, las Fuerzas Armadas, por mi modesto conducto, desean reiteraros su confianza y expresaros su honda satisfacción por tan merecido triunfo. El país sabe muy bien que sois un hombre de honor y por lo tanto, un Oficial seguro, cuyos actos siempre estarán acordes con los dictados del deber y cuyos pensamientos consultarán en todo instante las necesidades y los altos intereses de la Patria.

"Cuando el Servicio Militar no se presta como un suplicio o vasallaje, sino como un puesto de honor que todos se manifiestan celosos de desempeñar, entonces la existencia de la Patria puede desafiar los reveses, las invasiones y los siglos".

Napoleón.

"Así, pues, un soldado, además de ser un ciudadano que ha merecido la honra de ser designado para defensor de la sociedad, es un dignatario de la Patria que debe sentirse ufano al verse predestinado a obtener las mayores glorias que un hombre puede alcanzar".

General Mestre.